

El cauteloso Claudio se detuvo y el señor de Mailane repitió con voz alterada :

— Que se llamó en otro tiempo...

— Y mirando de frente á su consejero le dijo con vehemencia :

— Vamos, di claramente lo que supones ó lo que sabes, sin hacerme desesperar. Ese joven se llamó en su infancia Dartigues, ¿no es esto? ¿Es mi hijo?

— Á fe mía, no sé nada, respondió Brun, pero lo supongo. El nombre es el mismo : Pedro. Appel no tenía hijos y no sé qué ha sido de Francine...

— ¡Está bien! Yo me encargo de saberlo, replicó Dartigues. Hay que conocer á fondo á las personas con quienes tiene uno que habérselas. Si Appel, mejor informado que nosotros, ha lanzado al hijo contra el padre, en vez de crearme un adversario, acaso me haya proporcionado un aliado.

Barandet y Remancón aparecieron en la terraza con las señoras. Dartigues se puso un dedo en los labios para recomendar á Claudio la discreción y sonriendo, como si ninguna preocupación turbase su pensamiento, se adelantó al encuentro de sus amigos y de su familia.

## IV

Una mano golpeó rudamente la puerta del cuarto y una fuerte voz preguntó :

— ¿Se puede?

Y antes de que nadie le respondiera, un hombre pequeño, delgado, pálido, larga cabellera gris, boca sonriente y ojos de miope, entró en el cuarto que habitaba Pedro Appel en la posada del *Pavo Real*. Pedro Appel, acostado en una cama de provincia, tan alta que hacía falta una escalera para subir á ella, extendió los brazos, bostezó, entornó los ojos y preguntó por fin :

— ¿Qué diablo de hora es ya? ¿Está ardiendo la casa? ¿Se ha desbordado el Durance?

— No, amigo mío, respondió el visitante. La posada no arde y el Durance sigue en seco, pero el señor de Maillane ha llegado ayer al castillo con toda su corte.

— ¡Ah! ¡Bah!

— Como tengo el honor de decírselo á usted. Vine anoche para anunciar á usted ese suceso, pero encontré la puerta cerrada.

— Sí. Hice ayer una expedición hasta Arles y volví muy entrada la noche...

— Las Arlesianas son lindas y amables...

— Me tienen sin ciudadano las Arlesianas... Si usted cree que me ocupo de esas bagatelas .. Tengo otras cosas que hacer.

— ¡ Á su edad de usted! Mucho me extraña...

— Soy así y me alegro. Fui á visitar las arenas. Un paseo arqueológico...

— Hermoso cuadro para un poema...

— Está hecho : es *Mireio*.

Sin preocuparse de su interlocutor, el joven apartó las sábanas, sacó las piernas, y saltó al suelo. Se calzó unas zapatillas y medio desnudo se puso á pasear por el cuarto. Era un soberbio muchacho rubio, de semblante claro encuadrado por una barba ligera y rizada, ojos azules de recto mirar y aire de fuerza y de alegría. Cogió un cigarrillo de la chimenea, le encendió y siguió paseándose en camisa, con una completa ausencia de pudor. El visitante se había sentado tranquilamente en un ancho sillón de paja, de forma rústica.

— Hay en el castillo media docena de personas, y entre ellas el famoso Bárandet y el célebre Remancón.

— ¿ Remancón? ¿ El comanditario de la pequeña Amandine de Tresmes?...

— El mismo. Uno de nuestros más brillantes trapi-sondistas, muy metido en el negocio de Gabes... ¡ Amigo mío, esos son unos señores que no engendran la tristeza! Tienen dos manos; una para registrar los bolsillos del prójimo y otra para ser dadivosos con sus amigos de uno ú otro sexo...

— Es la tradición de los jefes de bandidos. Cartuche era así... Protegía á la Camargo y saqueaba al lugarteniente de policía...

— Remancón es más pacífico.

— Pero igualmente ladrón... ¿ Y el señor de Mailane?...

— Ése tiene buenas costumbres : no deja á su mujer y á su hijastra. Su ardor no se ejerce más que en la industria...

— Es su caballero. .

El periodista sonrió.

— ¿ Lo diremos así en el próximo número?

— ¡ Bah! Un puntazo miserable... Le enviaremos flechas mejores y más temibles. Es preciso que venza Barres. Lo exige el honor del proletariado; y además es amigo de mi padre...

— El doctor Appel no tiene las mismas opiniones que el ciudadano Barres, y sin embargo desea su triunfo...

El joven se puso un pantalón, arrojó el cigarrillo y dijo tirando de la campanilla con toda su fuerza :

— Pero en esta casa no se desayuna la gente... Son las nueve y se están tan tranquilos...

Volvió hacia su compañero y prosiguió :

— El doctor Appel no se ocupa de política, sino de filantropía. Pero quiere á Barres desde su infancia, es su amigo de toda la vida y sacrificaría cualquier cosa para serle útil.

— Hasta le da su hijo para escribir en el *Centinela*...

— Ya lo ve usted, querido Breloquier. Es verdad que Barres es mi maestro y que es él quien me ha instruido y hecho lo que soy.

— Un poeta y un pensador, dijo Breloquier con deferencia.

— ¡ Nada de tontunas entre nosotros! exclamó rudamente el joven. Ya sabe usted que hago poco caso de las adulaciones. ¿ Cómo cae en tales pequeñeces un viejo demócrata como usted?

— Digo lo que pienso, contestó el periodista. Tiene usted delante un magnífico porvenir. Entre toda

joven generación no conozco mejor cabeza que la suya...

Entró una criada y puso fin á la conversación. Colocó en la mesa una cafetera y un jarrito de leche y dijo :

— Le he hecho á usted esperar un poco, señor Appel, pero el amo estaba ocupado con todos nosotros en sacar los toneles de vino de Maillane para el señor del castillo...

— ¡ El señor! dijo desdeñosamente Pedro. Hija mía, ya no hay señores en Francia.

Cogió la barbilla de la muchacha, guapa morenilla de cara tostada, pero brillante de juventud.

— ¿ Crees que Maillane tiene derecho para abrazarte, en su condición de señor?

El joven estrechó el talle de la muchacha y le dió un ruidoso beso en la mejilla.

— ¡ Eh! Parece que usted se toma ese derecho...

— En nombre de la libertad, de la igualdad y de la fraternidad, respondió Pedro alegremente. ¡ Anda, vete ó vuelvo á empezar!

La joven se marchó riendo y Pedro se sirvió el café, se sentó y dijo mirando á Breloquier con gravedad :

— Ya lo ve usted. El tráfico electoral da principio. El vino de la posada es comprado por el castillo é irá á parar á los campesinos, que votarán como un solo hombre á papeleta abierta... La corrupción hará los gastos del negocio. Breloquier, cuándo el socialismo haya triunfado, ¿ mantendremos el derecho electoral? El sufragio universal es un famoso engaño.

— No digo que no sea un instrumento peligroso, que se puede comparar al sable de M. Prudhomme, que le servía para defender al gobierno ó para atacarle si había necesidad... Todo depende de las manos en que se le coloca. Por eso es urgente que nuestro partido se apodere del gobierno... El señor de Maillane es preci-

samente el prototipo de nuestros adversarios y de la sociedad capitalista con todas sus manchas. Está cargado de dinero y sólo reconoce el poder del oro. Con este talismán pretende conquistar el universo y lo peor es que no se equivoca.

— ¿ Se desanima usted?

— No, pero hablo por experiencia. He visto mucho y sé que las personas incorruptibles son extremadamente raras. Y si me atreviera á expresar todo mi pensamiento, diría que no las hay...

— ¡ Oh! exclamó con calor el joven, apartando la mesa en que acababa de desayunarse. ¿ Y Barres? ¿ Y mi padre? ¿ Y yo?

El viejo socialista movió la cabeza y una imperceptible sonrisa contrajo sus labios afeitados.

— Sí, convenido, dijo. Barres es un hombre admirable, su padre de usted, un bienhechor de la humanidad, y usted está lleno de generoso ardor... pero ¿ qué sería de todas esas virtudes al contacto de ese disolvente terrible que se llama el interés? Más vale que no haga usted la prueba, joven. Para estar seguro de no conocer la derrota, no hay como no trabar la batalla.

— ¡ Está usted loco, Breloquier! replicó rudamente Pedro, ó, más bien, está usted agriado por las injusticias de la vida, lo que es muy excusable en un hombre como usted, creado para los más altos destinos...

— Y que se ha quedado muy abajo ¿ verdad? desconocido, miserable y, en una palabra, fracasado. Sí, amigo mío, yo soy el reverso de Maillane, el prototipo de la consecuencia en las opiniones. Y ya ve usted lo bien que me ha resultado. Todos mis compañeros de la *Commune* están hoy en el pináculo. Los antiguos fusiladores de rehenes, los desvalijadores de cajas públicas

y privadas, los incendiarios que han vertido á raudales el petróleo, todos los condenados á la deportación, han sido indultados, mimados y acariciados y son hoy unos señores influyentes y condecorados... Es verdad que han renegado su pasado, pero la fortuna, la grandeza, la consideración, ¿no valen una apostasia? Todos son diputados, senadores, magistrados, tesoreros generales, ministros., y dicen al verme : « ¿Breloquier? ¡Pobre diablo! Es un insurgente atrasado... » Pero yo digo de ellos : « ¡Miserables tipos! ¡Son sectarios repletos! » Me tienen lástima y yo los desprecio. Esta es la diferencia, pero no me cambiaría con ellos.

El viejo revolucionario se calló y se quedó pensativo mientras Pedro le miraba con emoción y curiosidad, hasta que queriendo arrancarle á sus meditaciones, probablemente penosas, dijo :

— En resumen, Maillane viene á instalarse en el país para dar calor á su candidatura. Era de esperar. Pero no es Claudio Brun, por listo que sea, el que sacará á flote un asunto de tal importancia. El tal Maillane va á poner en juego todas sus influencias. La administración estará abiertamente contra nosotros y los intereses locales, excitados por el cebo del canal, harán accesibles á nuestros más decididos electores...

— Sin contar el trabajo que harán con las mujeres la de Maillane y su hija...

— ¡Ah! ¿Hay una hija?

— Del primer matrimonio. La heredera del feroz general Hernández, el que había hecho reinar tal terror en su país, que en las elecciones para la presidencia no sólo no tuvo competidores, sino que nadie se atrevió á depositar en las urnas una papeleta que no llevase su nombre...

— ¿Y trata la niña de poner la tradición paterna al servicio de Maillane?

— Si se pudiera fusilar con las miradas, tiene unos ojos que se lo permitirían.

— ¿La ha visto usted?

— Ayer, en la estación. Entre nosotros; parece que Claudio Brun monta la guardia al rededor de la muchacha y trata de que se la adjudiquen.

— ¿Ese viejo?

— ¡Bah! Amigo mío, no trate usted con ese desprecio á los hombres de cuarenta y cinco años... Claudio Brun los tiene, acaso, pero no lo parece. Delgado, sin una cana, esbelto y listo, dispone de un poder absoluto sobre Maillane, del que es socio... Acaso un matrimonio pague muchos servicios prestados... Además, es rico, y ya sabe usted que en el mundo del dinero la edad y la figura no significan nada y que una joven se casa á gusto con un viejo muy rico ó muy influyente... Por esto son tan repugnantes las costumbres de la clase capitalista. Todo se vende en ella, hasta la juventud y la belleza.

— ¿Y no sucede lo mismo en el pueblo?

— El pueblo está corrompido por el espectáculo de la burguesía y gangrenado por el ejemplo de sus vicios. Es evidente que una hermosa obrera de veinte años no vacila en casarse con su patrón, aunque éste tenga la edad de su padre, con tal de ser rica, de estar bien vestida y de darse tono en el mostrador. Suprima usted los patrones, y la joven y hermosa muchacha pertenecerá á un honrado obrero. La igualdad social traerá consigo la pureza del amor.

— Me parece que estoy oyendo hablar á Barres, dijo Pedro.

— Me hace usted mucho honor. Pero sé bien que pensamos lo mismo.

Se levantó, cogió de la chimenea un cigarrillo, le encendió y dijo :

— Le dejo á usted, ya que está avisado de la llegada de nuestro adversario. Vístase usted y hasta luego. ¿ Irá usted á mi casa ?

— Sí, después de almorzar.

Breloquier cogió el sombrero y se marchó.

Á la misma hora el señor de Maillane, después de haber pasado una buena noche, estaba despachando el correo, que Claudio Brun le presentaba preparado. El antiguo empleado de cambista era un hombre de negocios precioso y había conservado de su antiguo empleo un orden y una exactitud que contribuían mucho al éxito de las grandes empresas de Dartigues. El hombre de las cifras conducía sin piedad á la precisión financiera al hombre de los sueños, y así había conquistado sobre éste una influencia que sólo se manifestaba en las grandes ocasiones. Al verle tan humilde y complaciente se le hubiera tomado por su secretario, pues la facundia y la hinchazon de Dartigues acababa de diferenciar las dos posiciones, que eran en realidad iguales. Brun tenía acaso más autoridad sobre Dartigues que éste sobre él. Y en aquel despacho suntuoso, sentados el uno enfrente del otro, los dos compadres seguían con una atención extremada los detalles numerosos de sus negocios.

— Llamo tú atención sobre la nueva petición de dinero de Bermann. Es verdad que nos ha prestado servicios serios cuando era interventor en Gabes, pero ha sido largamente pagado y su participación en las acciones fué importante. Después se ha arruinado y lo ha vendido todo... No podemos hacer nada.

— ¿ Juega ?

— Sí, en los garitos de París, y por eso le han

dejado cesante en Gabes... Es lástima, porque era listo...

— En suma, lo que quiere ahora es sacarnos dinero con la amenaza de hacernos daño... ¿ Puede ?

— No, á menos de perjudicarse á sí mismo. No creo que se acuse de prevaricación para hacernos una mala pasada.

— ¿ Tiene papeles que nos conciernan ?

— Puede que tenga notas sobre las cesiones de terrenos de la Redjidah...

— Pues comprémoslas... ¿ Cuánto valen ?

— En manos de un hombre influyente, mucho dinero; en las de ese joven desacreditado, quinientos lises bien ofrecidos. Y se volverá loco de agradecimiento.

— Convenido. Ocúpate de eso.

— Ya sabes que hoy es el mercado de Maillane y que todos los hortelanos de las intermediaciones vienen á vender sus frutos... Es una ocasión de verlos y de hablarles.

— No dejaré de hacerlo. Nuestros adversarios estarán también allí y así los conoceremos.

Los dos hombres cambiaron una mirada significativa.

— El joven Appel ha vuelto ayer al *Pavo real* después de una ausencia de dos días, dijo Brun.

— ¿ Cómo lo sabes ?

— Tengo mi policía. Ese mozo no hace un movimiento sin que me lo adviertan. Á las muchachas de las posadas les gustan los pendientes y las agujas de oro. Con algunas chucherías, se obtiene cuanto se quiere... Si me conviniera, me repetirían todas las palabras de ese joven. ¡ Oh ! El chico no es desconfiado. Habla alto y vive con las ventanas abiertas...

— ¿Cómo es físicamente? preguntó Dartigues.

— Es un guapo mozo; ya verás. Te reservo esa sorpresa.

Dartigues tenía otra pregunta en la punta de la lengua, pero no se atrevió á hacerla, viendo la sonrisa burlona de Claudio. Suspiró, y con la movilidad de espíritu que le era habitual, pasó á otro asunto.

— Mi mujer, dijo, se queja de la temperatura. Esta noche ha tenido frío.

— ¿Qué será entonces cuando vaya á París? Es cierto que el calor del Mediodía se parece muy poco al del Ecuador... ¿Y qué dice Bella?

— Mi hijastra tiene diez y ocho años y á esa edad no se tiene nunca frío.

La campana del almuerzo interrumpió á los dos amigos, y en este momento la joven de que acababan de hablar entró como una niña mimada en el despacho de Dartigues. Detrás apareció Remancón dando el brazo á la viuda del presidente.

— Basta de negocios, dijo la joven con hermosa risa. No hemos venido de América mi madre y yo para vivir aquí entre especuladores. Queremos ver caras amables.

— Y sobre todo que enciendan por las noches los caloríferos... Este Mediodía de Francia, en cuanto dan las cinco de la tarde, es el polo Norte...

— Mandaré traer pieles de París.

— Gracias. Iremos á comprarlas nosotros mismos. No pensarás tenernos mucho tiempo en este triste villorrio con el pretexto de las elecciones... Paga lo que haga falta para que te nombren y que no se hable más de eso.

— Señora, dijo Barandet que entraba con su hermoso aspecto de funcionario; todavía no se vende todo en Francia.

La viuda del presidente hizo un gesto desdenoso y contestó:

— ¡Qué atrasados están ustedes!

Las puertas del salón y del comedor se abrieron; Remancón dió el brazo á Bella, Barandet á la mujer de Dartigues y todos se fueron á almorzar.

El pueblo de Maillane se compone de dos barrios; el viejo Maillane, lleno de criaderos de gusanos de seda y de molinos de aceite y atravesado por el Arbosque, pequeño afluente casi seco del Durance; y el Maillane nuevo, habitado por la clase media y donde se retiran muchos comerciantes después de haber hecho fortuna, atraídos por la belleza del lugar. La población total, con sus alrededores, es de tres mil quinientos habitantes, ó sea la mitad de los electores del distrito.

El que cuenta con los sufragios de Maillane tiene su elección asegurada. La autoridad del subprefecto se ejerce útilmente sobre los alcaldes rurales, pero la población electoral de la ciudad es más rebelde á las presiones de la administración. Dartigues, sin embargo, tenía muchos modos de trabajar la opinión y había cogido á Maillane por el punto flaco poniendo sobre el tapete el antiguo proyecto de canalizar el Arbosque, estudiado ya en tiempo del primer imperio.

Dartigues había comprendido la importancia de ese plan y sabía que su ejecución, al fecundar la comarca, daría á su propiedad un valor considerable. Así pues, estaba trabajando al mismo tiempo su elección y defendiendo sus intereses al constituir una sociedad á fin de construir el canal. Pero quería la participación del Estado y aquí era donde entraba en escena la administración. El periódico de Dartigues hacía quince días que no hablaba más que de los beneficios del canal y de su historia. La revolución suspendió los trabajos en

el momento en que el ministerio Necker acababa de admitir la necesidad de la obra. Después, Napoleón, solicitado por Cambaceres, ordenó que los trabajos continuasen, pero los desastres de la campaña de 1813 volvieron á suspenderlos.

Ante la actitud del Mediodía en 1815, no se habló durante los Cien días de favorecer al distrito de Maillane, en el que los realistas habían cometido mil atrocidades. En seguida había venido el gran movimiento de los ferrocarriles y los canales fueron considerados como inútiles. Pero ahora la administración, más esclarecida y estimulada por el gran constructor que se había establecido en Maillane, parecía dispuesta á volver á los primeros planes y un porvenir brillante se ofrecía á los ribereños del Arbosque. El antiguo comunero que sostenía en el *Eco del Sur* la candidatura de Dartigues, había escrito las más aduladoras consideraciones sobre ese tema y al leerle no había un maillanés que no creyese llamado á su pueblo á ser rival de Uzès ó de Tarascón.

Aquel sábado, día de mercado, la animación era grande desde por la mañana. Los cafés de la parte alta de la población y el café del Comercio, en la plaza del Ayuntamiento, habían triplicado su clientela. Allí era donde Breloquier había abierto cátedra asistido por algunos viejos republicanos, cuyos padres habían sembrado el terror en Aviñón en 1848, y que habían, ellos mismos, intentado en 1871 un movimiento prontamente reprimido por un prefecto enérgico que se concilió así la estimación de Thiers. Las barbas habían blanqueado, pero las ideas seguían siendo las mismas, y el deseo apasionado de plantar una bandera roja en el balcón del Ayuntamiento seguía bullendo en el cerebro de aquellos jacobinos. Ordinariamente eran

rentistas, pero en los periodos electorales las echaban de colectivistas. El más terrible era un antiguo sastre llamado Langlevés, que no podía soportar la vista de un perro atropellado, pero que en el café del Comercio pedía la nivelación social á sangre y fuego. Su lugarteniente era un tal Pagevín, jardinero de Lyon retirado en Maillane, donde se dedicaba al cultivo de las rosas para verlas perecer indefectiblemente á causa de la sequía. Pagevín no podía perdonar á la humanidad esa catástrofe periódica y la muerte de las rosas le hacía desear el exterminio de la clase capitalista.

Esos dos furiosos hacían las delicias de Pedro Appel, que con su inclinación guasona de parisiense, excitaba á sus dos correligionarios á exageraciones espantosas de lenguaje. El joven les daba cuerda y de recriminaciones en amenazas llegaban á poner en su lugar á los hombres y á las cosas del distrito de Maillane por medio de las confiscaciones y los fusilamientos. Por desgracia, había en el pasado de Langlevés y de Pagevín una aventura deplorable cuyo recuerdo les ponía en un suplicio.

En lo más fuerte de la campaña bulangista, un día de reunión pública en casa de un tintorero de la población y durante una discusión muy violenta que sostenían Langlevés y Pagevín contra los partidarios del general, á un chusco se le ocurrió cerrar el contador del gas. En el momento se produjo un gran tumulto acompañado de gritos espantosos. Cuando se volvió á encender la luz, Pagevín y Langlevés no estaban presentes, pero se oían gemidos en la dirección de los talleres del tinte. Todos corrieron hacia las tinajas y encontraron á los dos republicanos rojos teñidos de azul y nadando en un mar de índigo. Desde ese día todo lo que parecía aludir al tinte hacía fruncir el ceño

á los dos patriotas, pero sus enemigos y sus mismos amigos no dejaban de buscar las ocasiones de hacerles rabiar. Muy á menudo decían :

— Á usted, Pagevin, no se le hacen ver fácilmente las cosas de color de rosa...

Lo que hería doblemente el corazón del jardinero al recordarle á la vez su desventura política y sus desastres de jardinería.

Si aquellos dos demócratas hubieran podido suprimir el prisma solar, la vida no hubiera tenido nubes para ellos.

Los días de mercado eran los que elegían los dos jefes del partido avanzado para sus conferencias políticas. Á las nueve ya estaban en el café del Comercio tomando vasos de mazagrán, y á su alrededor se agrupaban los aceiteros del Maillane viejo y los rentistas del nuevo. Breloquier, espíritu superior, obligado por la campaña electoral en favor de Barres á tomar parte en aquellas fastidiosas reuniones, oía distraidamente las discusiones de los consumidores y de vez en cuando levantaba con una palabra el nivel de las ideas. Pedro Appel pretendía reunir allí elementos para un libro sobre costumbres electorales. En resumidas cuentas se cambiaban allí palabras y compromisos, lo mismo que en el campo contrario, y, por la noche, los mozos hubieran podido barrer sobre las mesas las teorías y las promesas con los residuos de la cerveza y la ceniza de las pipas.

Aquel día estaba lírico Pagevin, y en un gran rasgo oratorio acababa de afrentar á la clase capitalista y de invitar á la democracia á la guerra de clases, cuando se abrió la puerta del café y apareció Claudio Brun seguido del señor de Maillane. Pagevin, interrumpido en su peroración, palideció, la voz se ahogó en su gar-

ganta, sus ojos miraron feroces, y después de un violento esfuerzo pudo articular estas palabras :

— ¿Qué viene á hacer aquí esa gente?

— Esta gente, respondió Claudio sonriendo, viene á escuchar las buenas cosas que usted dice para sacar provecho de ellas si es posible.

En este momento Breloquier empujó con el codo á Pedro Appel y le dijo por lo bajo :

— Esos son nuestros adversarios. El buen mozo canoso es Maillane y el bajo y morenucho es Claudio Brun.

Las miradas de Pedro se fijaron en Dartigues y éste que también le miraba, recibió un golpe en el corazón. Ante él, con todas sus facciones, estaba viendo á Francine. Los ojos azules, el cutis rosado, la cabellera rubia y rizada, todo en aquel joven recordaba á la mujer abandonada, y al mismo tiempo, en la fisonomía y en ciertos movimientos de cejas y de labios, se veía él mismo, tal como estaba hacia veinte años. No podía separar los ojos de aquel guapo muchacho y una profunda melancolía se apoderaba de él. No cabía duda : era el hijo de Francine; el suyo. Dartigues se sentía atraído hacia el joven y hubiera querido sentarse á su lado, tocarle, hablarle y estrecharle en sus brazos. La emoción que le poseía se veía en su cara, porque Claudio Brun le puso una mano en el brazo diciéndole :

— Disimula...

Pero Dartigues no hizo caso alguno de la recomendación de su prudente consejero y replicó con voz temblorosa :

— ¿Cómo engañarse? ¡Y tú has podido dudarlo! Es mi hijo. ¿entiendes? Mi hijo...

— Es el hijo de tu enemigo, puesto que lleva su nombre, dijo Claudio sordamente. No tendrás nada

bueno que esperar de él si te descubres torpemente. Espera, observa y escucha. Después, haz lo que quieras.

Las circunstancias dieron pronto la razón á Claudio Brun y se encargaron de obligar á Dartigues á ser prudente. Langleves se levantó y dijo enfáticamente estas palabras :

— ¿Qué puede haber común entre los partidarios del ciudadano Barres, el amigo del pueblo, y el señor de Maillane, el protegido del poder?

— El mismo lugar de reunión, dijo sonriendo Pedro Appel. ¿Tiene usted la pretensión, señor Langleves, de impedir la discusión á nuestros adversarios? Si hablamos nosotros solos, estaremos seguros de tener siempre razón. De la discusión sale la luz, y si estos señores quieren buscarnos en nuestro propio terreno, ¿hemos de rehuir la lucha?

— Jamás huyen ante sus adversarios los hombres como nosotros, dijo Pagevín, pero sabemos con quién tenemos que habérnoslas.

— Creo, por el contrario, que no lo sabéis, contestó Dartigues con tranquilidad. Por otra parte, yo no he venido aquí para hablar de política.

— ¿Para qué, entonces? preguntó Langleves.

— Quiero tener una conversación de unos instantes con el señor Appel. Se trata de asuntos particulares tan interesantes para él como para mí mismo, según creo, y si tiene la bondad de salir conmigo á la plaza...

— ¡Asuntos! ¡Cuidado, joven! exclamó Pagevín. Los mantenedores del capitalismo van á tratar de cogerle á usted con el dorado cebo...

— ¿Por quién me toma usted? respondió Pedro con mal humor. Yo sé lo que me hago.

Se levantó, dirigió á Breloquier una altiva mirada indicándole los personajes grotescos que le rodeaban, y dijo :

— Breloquier, vuelvo dentro de un momento. Espéreme usted...

Y salió detrás de Dartigues. La plaza estaba llena de puestos al aire libre y de carros desenganchados en los que los comerciantes y los labradores vendían sus artículos á los habitantes de la población y de los alrededores. Delante del Ayuntamiento se apiñaba la multitud y allí se fijaban los precios de los granos y de los aceites, se comentaban las noticias y se cambiaban las órdenes de compra y de venta. Los chalanés de la llanura de Arles, con sus anchos sombreros y sus polainas de cuero, estaban apoyados en sus trallas y los aceiteros del Arbosque, tostados por el sol y flacos como árabes, hablaban con estrépito y trataban sus asuntos con violencias de batalla. Las vendedoras de pescado, con sus sayas de color, llamaban con dicharachos á las compradoras y hacían relucir en las manos su mercancía argentada y viviente. Los muchachos vendedores de sandías se instalaban con sus cestos en el borde de las aceras. El sol doraba aquel cuadro con sus brillantes llamas y en la luz vibrante de aquella atmósfera transparente y ligera, los seres y las cosas tomaban un aspecto de alegría. Los dos hombres miraron con placer aquel espectáculo, y Pedro, queriendo hacer ver su libertad de espíritu y la cortesía que le diferenciaba de sus compañeros, dijo á Dartigues :

— En ninguna parte la vida es tan exuberante ni tan cordial como en este extraordinario Mediodía. Esta gente no es mejor que otra cualquiera, pero lo parece, y esto es ya mucho.

— Sí, esa es la apariencia, contestó Dartigues, pero

desconfíe usted de ella. No hay nada más engañador. Desconfíe usted de las apariencias.

— ¿Por quién dice usted eso? preguntó Pedro un poco tieso. ¿Es por usted ó por mí?

— Por el uno y por el otro, respondió gravemente Dartigues.

— Explíquese usted. Se lo ruego. No comprendo.

— Para que usted comprenda le he pedido un momento de conversación. Y para que pueda usted oírme libremente y sin turbación, le he traído aquí, lejos de sus amigos.

— ¡Sin turbación! ¿Por qué he de turbarme?

— Por las revelaciones que voy á hacerle.

Pedro miró fijamente á Dartigues y no respondió, pero apretó un poco el paso. Ambos se alejaron de la plaza y llegaron á la orilla del Arbósque, por cuyo lecho lleno de piedras corría un delgado hilo de agua. Unos olmos desmedrados y amarillentos guarnecían la ribera y á su sombra crecía una hierba escasa. Cuando los dos paseantes estuvieron solos, Pedro miró á su compañero y dijo con firmeza :

— Veamos, pues, esas revelaciones.

— Tiene usted veinticuatro años, joven, y desde hace veinte vive bajo la dirección del doctor Appel, que le ha educado, pero que no es su padre aunque lleva usted su nombre...

— Es cierto. Y le amo tiernamente porque ha sido muy bueno para mí y se lo debo todo.

— Menos la vida...

— ¿Acaso no se la debo, puesto que me ha alimentado, formado, é instruído? Si otro me ha engendrado físicamente, él ha sido moralmente mi creador; él ha abierto mi espíritu y disciplinado mi pensamiento; todo lo que sé viene de él y lo poco que valgo procede

de su voluntad. Él ha sido, en fin, mi verdadero padre y después de agotar por mí su bondad hasta el último limite, ha buscado aún qué beneficio podría hacerme y, él, hombre ilustre, me ha hecho participar de su gloria dándome su nombre.

El joven se había animado hablando y á Dartigues le parecía que se estaba oyendo á sí mismo cuando en su juventud se dejaba arrebatar por uno de sus proyectos quiméricos.

— Pero su padre de usted, dijo, el verdadero...

— Ha muerto.

— ¿Quién se lo ha dicho á usted?

— Mi madre.

— ¿Y si le hubiese engañado?

— ¿Qué interés tenía en ello?

Ambos se callaron y Dartigues, algo impuesto por la generosa franqueza de Pedro, no se atrevía á abordar con su desparpajo natural el delicado asunto que había resuelto tratar. Sin embargo, no estaba en su carácter el retroceder y con su ordinaria flexibilidad de espíritu reanudó la conversación :

— ¿Recuerda usted á su padre?

— Sí, señor. Tenía yo cuatro años cuando le perdí, pero le recuerdo con bastante precisión en un cuartito de la calle de Condorcet, en el que mi madre me ha contado muchas veces que hemos vivido en la desgracia. Mi madre y él no estaban en buena armonía, acaso porque ambos luchaban con las rudas dificultades de la existencia.

— Cuando hablaba con usted su madre, ¿se quejaba de él?

— Nunca. Mi madre es demasiado digna para hablarme mal de mi padre. Me le ha pintado como un hombre de gran inteligencia cuyo defecto era el em-

prender demasiadas cosas á la vez. Ha muerto sin haber logrado sus fines.

— ¿Así se lo han dicho á usted?

— Es la segunda vez, señor mío, que parece usted poner en duda las afirmaciones de mi madre, dijo Pedro con altivez. Terminemos esta conversación si ha de seguir en tales condiciones. Me habla usted de mis asuntos de familia, no sé á qué título, y no estoy dispuesto á prestarme á ello.

— Bien, amigo mío, dijo Dartigues sonriendo con aspecto de satisfacción. Me gusta oírle á usted hablar así. La lealtad de su carácter me agrada y su orgullo me encanta. Es usted como su padre hubiera deseado que fuese. Pero sepa usted que no me ocupo de sus asuntos de familia sin motivo. Veo que le han dejado á usted en una ignorancia completa sobre su verdadera situación y que el doctor Appel ha cometido una verdadera falsedad de acuerdo con su madre de usted.

— ¡Señor mío! exclamó Pedro sin poder dominar su cólera.

— ¡Paciencia, joven! dijo Dartigues. Hay que saber oír la verdad. Y la primera parte de la verdad, en lo que á usted se refiere, es que su padre existe.

— ¿Está usted seguro de lo que dice?

— Como de que estamos hablando en este momento.

— ¿Puede usted probármelo?

— Sin dificultad alguna.

Pedro hizo un gesto de estupefacción.

— ¿Pero por qué me han de haber engañado?

— No soy yo el que debe explicarlo. Usted mismo lo comprenderá cuando conozca las circunstancias en que se separaron sus padres.

— ¿Se separaron?

— Sí.

— ¿Por qué?

— Porque no se entendían.

— ¿Cuál de los dos tenía la culpa?

Dartigues movió la cabeza y dijo con gravedad:

— Lejos de mí el pensamiento de hablar mal á nadie

de su madre. Aun cuando así lo pensara, me abstendría de decirlo. El desacuerdo entre sus padres de usted venía de la diferencia de sus aspiraciones. Su madre de usted concebía la existencia humildemente, sin brillo. Su padre abrigaba ambiciones sin límites. El uno trataba de elevarse á las alturas aunque se estrellase en el camino; la otra le retenía siempre en su vuelo. En los esfuerzos que hacía para triunfar, su padre de usted sacrificaba á veces la tranquilidad y la seguridad de la hora presente á las brillantes esperanzas del porvenir, y con frecuencia la necesidad entristeció por su causa el hogar de la familia. Pero él no hacía caso de esto, seguro de compensar esas miserias momentáneas con goces y prosperidades durables. Su madre de usted sufría, se quejaba y llegaba á desesperarse. Un día su padre, cansado de tropezar con dificultades, resolvió expatriarse é irse á América, para buscar países nuevos en los que la actividad y la inteligencia tuviesen probabilidades de éxito, y encontró en su mujer una oposición irreducible. En vano trató de decidirla. Era su mujer, su compañera, la madre de su hijo, pero estaba fuertemente adherida á la tierra natal y se negó á abandonarla. Acaso asustada por los fracasos sucesivos de que había sido víctima, temió seguir á su marido en una tentativa aventurada que podía reducirla á la más miserable condición. La desdudez, en nuestro país, en nuestra casa, cerca de los nuestros, es dura de sopor-tar; pero el abandono y la pobreza en el extranjero son cien veces peores. Por estas razones, que le explico

á usted para ser imparcial, su madre no consintió en dejar la Francia y su marido se fué solo.

Las últimas palabras de Dartigues dejaron á Pedro en un silencio lleno de estupor, como si tuviera vergüenza de la pusilanimidad de su madre. El joven suspiró profundamente y preguntó :

— ¿Conoce usted á mi padre?

— Sí.

— ¿Es dichoso?

— Ha triunfado en todas sus empresas. La fortuna le ha colmado después de haberle sido adversa. Hoy es rico.

— ¿Pero es dichoso? insistió el joven.

— Ha constituido de nuevo su vida, como su madre de usted reconstituyó la suya. Se ha casado en América con una mujer á quien amaba, pero no ha dejado nunca de pensar en usted. Su dicha, que á usted le preocupa, no será completa mientras usted no esté á su lado.

— ¡ Pero nos abandonó á mi madre y á mí! exclamó Pedro con repentina cólera. Y durante veinte años no ha dado señales de vida. ¿Qué viene hoy á reclamar?

— Joven, replicó Dartigues, no le juzgue usted tan de prisa. Usted no conoce las dificultades de la vida ni sabe la tiranía que ejercen. No se hace todo lo que se desea. Para formarse una opinión, espere usted á saber todos los aspectos de las cosas.

— ¿ Pero tendré que decidir entre mi padre y mi madre? dijo Pedro con angustia.

— ¿ Quién le pide á usted eso? No será su padre, yo se lo garantizo. Conoce muy bien las debilidades humanas, para no ser indulgente. Si su madre de usted es menos conciliadora, usted apreciará los hechos.

— ¿ Pero quién es usted para hablarme de ese modo? ¿ Qué autoridad misteriosa se atribuye usted sobre mí?

Dartigues sonrió.

— Á usted le llaman Pedro Appel, dijo; pero supongo que conoce usted su verdadero apellido.

— Me llamo Pedro Dartigues.

Al oír estas palabras una inesperada emoción se apoderó del capitalista, que dijo con voz insegura y lágrimas en los ojos :

— Á mí me llaman Maillane porque soy dueño del castillo de ese nombre. Pero ese apellido es falso, como el de usted. Me llamo Juan Dartigues...

Pedro palideció, miró lleno de turbación al que había pronunciado aquellas palabras y dijo :

— Usted es...

Vió abrirse los brazos de Dartigues, pero él no se precipitó en ellos. Enfrente de aquel hombre se sentía helado y presa de un malestar invencible.

Dartigues dijo muy despacio :

— Sí, soy su padre de usted.

Y viendo al joven indeciso, continuó :

— ¿ No me permite usted que le abrace?

Pedro, entonces, se acusó de su insensibilidad, sonrió al afecto que se le ofrecía, y el padre y el hijo se estrecharon silenciosamente.